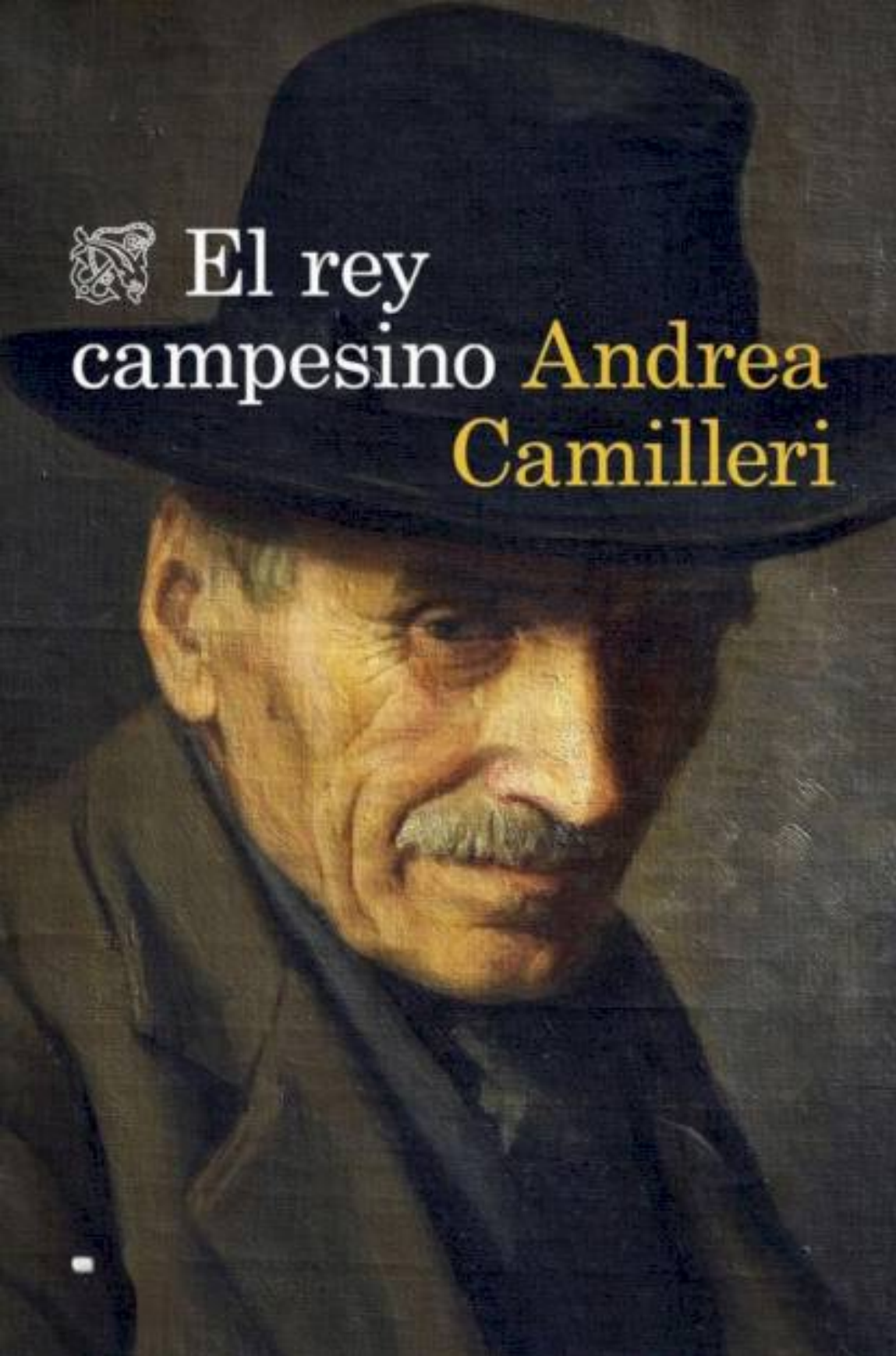
El rey campesino
Andrea Camilleri

Durante seis días, en un pequeño pueblo de Sicilia, un humilde campesino se convirtió en su rey.

He aquí la historia de Michele Zosimo, un joven campesino siciliano que, a principios del siglo XVIII, se convirtió en el efímero rey de Girgenti, la actual ciudad de Agrigento, tras desarmar al ejército piamontés destacado en la zona.

Una fascinante novela repleta de humor, de la mano del genio siciliano Andrea Camilleri.

Índice

Primera parte. Cómo fue concebido Zosimo

1
2
3
4
5
6

Intermedio

Segunda parte. Apuntes sobre la infancia y la juventud de Zosimo

1
2
3
4
5
6
7
8
9

Tercera parte. Lo que ocurrió en los años siguientes

1
2
3
4

Cuarta parte. Cómo Zosimo se convirtió en rey

1
2

3
4
5
Quinta parte. Cómo murió Zosimo

La fabricación de la cometa
Nota. En junio de…

Notas

A Rosetta

Primera parte
Cómo fue concebido Zosimo

1

Hoy por hoy, a los Zosimo les iban bien las cosas. Pero dieciséis años antes, cuando estaban recién casados, Gisuè y Filònia se morían de hambre, sufrieron esa hambruna que te hace tragarte el humo de la lámpara. Eran jornaleros, e hijos y nietos de jornaleros, temporeros agrícolas que iban de campo en campo en busca de trabajo según las cosechas. Cuando lo encontraban tenían la suerte de comer durante algunas semanas, por ejemplo, una hogaza con un trozo de queso, una sardina salada o una guarnición de berenjenas. Por la noche, si era verano, dormían al sereno, bajo el cielo estrellado; si era invierno, se refugiaban cuatro o cinco en un pajar o se calentaban mutuamente con el aliento.

Una mañana en que el grupo de temporeros —una treintena de personas entre varones, mujeres, viejos y niños — se estaba desplazando del latifundio Trasatta al latifundio Tumminello, Gisuè y Filònia oyeron una voz lejanísima que se acercaba y se alejaba según soplaba el viento. Parecía la voz de alguien que estuviera a punto de morir. Decía:

«¡Por las almas del purgatorio, salvadme! ¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡En nombre de Dios, sacadme de aquí!».

Gisuè dijo a Filònia, que estaba asustada por aquella voz lastimera que le parecía la de un fantasma o un alma condenada, que alcanzara al grupo, que caminara delante de ellos como si no hubiera oído nada, y que no hablara con nadie. Gisuè se encaminó hacia el lugar del que venía la llamada afligida y cada vez más desesperada. Llegó al barranco junto al río Pirrera —que era río solamente cuando le parecía y placía, puesto que durante el resto del año era una grieta, una cicatriz en la tierra— y se dio cuenta de

que a media altura, unos quince metros más abajo, se hallaba un hombre que había conseguido detener su caída aferrándose a un arbusto, mientras que su caballo se había roto los huesos una treintena de metros más abajo, sobre las piedras ferrosas y las rocas puntiagudas y blancuzcas que formaban el lecho del río. Gisuè, a toda prisa, soltó la hoz afilada que tenía atada a la cintura, cortó con golpes violentos una rama de olivo y se hizo un bastón resistente. Volvió a poner la hoz en el cinturón, se quitó el chaleco, lo tiró al suelo y empezó el difícil y peligroso descenso. Si ponía un pie en el vacío, nadie sería capaz de reconocer su carne cristiana de entre los restos del caballo. Tardó una buena media hora en llegar al lado del hombre que se agarraba a la mata con las manos y apoyaba todo el peso de su cuerpo en la punta del pie izquierdo, que había clavado en una raíz saliente. El desventurado, después de tanto gritar, parecía haber perdido la voz. Miraba a su salvador con ojos de corderito huérfano. Era un ricachón, vestido con ropas finas entretejidas de oro, botas de cabrito que debían de costar lo que Gisuè no habría podido ganar en toda su maldita vida, grandes anillos de oro y piedras preciosas en los dedos de las dos manos, una cadena de oro macizo en el cuello con una joya deslumbrante posada sobre el pecho. ¡Virgen santa! A Gisuè le faltó el aliento. Ese no era un hombre de carne y hueso, sino una mina, un hallazgo que les habría solucionado la vida a su familia y a los hijos que aún tenían que concebir durante todos los años que les quedaban. ¡Por Dios, la fortuna le estaba sonriendo! ¡Se volvería rico!

—¡Sálveme! —espetó el hombre con un hilo de voz.

«¡Un carajo!», pensó Gisuè.

Pero no dijo nada, estaba razonando, necesitaba analizar los pros y los contras. ¿Qué era lo más conveniente? Matarlo allí mismo quizá sería un error, no había el espacio necesario para esa maniobra; tal vez aquel desconocido, al recibir los golpes de hoz, soltaba el asidero sin que Gisuè

hubiera tenido ocasión de sostenerlo a media altura y el hombre rico se precipitaba al lado del caballo, y acaso también en la caída se perdía la cadena de oro y se desgarraba el traje. ¡Y entonces adiós riqueza! No había otra opción más que armarse de fuerza y paciencia, poner al hombre a salvo y, nada más hallarse fuera del barranco, degollarlo con un golpe de hoz. Pero Gisuè no sabía por dónde empezar, el hombre ya no parecía estar en condiciones de caminar ni de prestar atención. ¿Y si aquel tipo, extenuado como estaba, fallaba el movimiento de un pie y acababan los dos haciendo compañía al caballo? No, no: había que hacer lo que se tenía que hacer allí mismo. Gisuè se aferró a otra mata, descendió un poco y, cuando llegó a la altura de las botas del hombre, cavó con una sola mano un pequeño agujero, un hoyo en el que el hombre pudiera meter un pie, el derecho, que había quedado enredado con la otra pierna. Pero el desconocido debía girar por completo sobre la punta del pie izquierdo y ponerse de cara a la pared. No hubo manera, parecía haberse convertido en una estatua de mármol, no se desplazaba ni un centímetro. Entonces, Gisuè le cogió con fuerza el pie a media altura para meterlo en el agujero.

—¡No! ¡No! —espetó desesperado el hombre apretando los muslos y soltando una voz femenina que a Gisuè le recordó a la de Filònia cuando la desvirgó.

Finalmente consiguió meter en el agujero aquel condenado pie, y el hombre pudo respirar aliviado y distribuir mejor el peso del cuerpo. Ahora Gisuè necesitaba encontrar la posición adecuada que le permitiera mantenerse firme sólo con los pies y tener las manos libres. La encontró después de varios intentos, tras otra media hora de esfuerzo. Antes de comenzar, hizo un repaso. Con una mano debía sujetar al hombre colgado del barranco y con la otra asestarle un golpe de hoz. De espaldas como estaba, aquel tipo no se daría cuenta de nada. Gisuè empezó a desatar la hoz del cinturón.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Ahí abajo!

Gisuè se quedó helado, desde luego esa era la voz de Dios, del Señor, que le reprochaba el pecado, el homicidio que estaba a punto de cometer. Pero de inmediato le vino otro pensamiento a la cabeza, y esta vez de rabia:

«Pero ¿cómo es posible que Dios, Nuestro Señor, con todas las cosas que tiene que hacer en el universo, venga a tocarme los cojones precisamente a mí?».

—¡Eh! ¡Vosotros, allá abajo, mirad hacia arriba!

Gisuè levantó despacio la cabeza. Había una veintena de cabezas en la cima del barranco, de entre las que sobresalía una cara que les estaba hablando:

—Mantenga quieto al príncipe. No haga ningún movimiento brusco. Bajamos nosotros enseguida.

Blasfemando contra la fatalidad que le había acontecido —tener un tesoro al alcance de la mano y perderlo—, Gisuè obedeció. Su nariz estaba a la altura del culo del príncipe, y comprendió que su majestad se había cagado de miedo. No se lo podía creer: es verdad que todas las criaturas de la tierra hacen sus necesidades, pero ¿cómo era posible que la mierda de un noble apestara más que la de un pobre desgraciado?

Llegó a la cima del barranco muerto de cansancio. Nadie lo había ayudado en la subida, la veintena de cristianos atareados con cuerdas y aparejos se había agrupado en torno al príncipe. A él no le habían dicho ni mu. Se consoló pensando que, cuando todos se hubieran marchado, descendería el barranco y recuperaría los arreos del caballo despeñado, que, incluso a tanta distancia, le pareció que sería algo gracias a lo cual podría vivir feliz y contento durante bastantes años.

El príncipe estaba sentado en el suelo, un miembro de su séquito se había puesto a cuatro patas detrás del noble, para que su majestad pudiera apoyarse en él cómodamen-

te; otro, agachado delante de él, le hacía oler el aroma de una botellita, y un tercero le daba de beber de un frasquito envuelto en terciopelo de color violeta.

Al lado, a su derecha, con los brazos cruzados, se hallaba un hombre largo y enjuto, todo vestido de negro, aún más cargado de oro y piedras preciosas que el príncipe. Habían traído una litera, ya que una carroza en aquella loma habría volcado, y tampoco parecía factible ofrecerle un caballo al príncipe. De hecho, cuando su majestad se levantó no se aguantaba de pie, y dos criados tuvieron que sostenerlo. Pero no parecía que fuera algo grave, sólo cojeaba.

—Que alguien baje al barranco y recupere los arneses del caballo —ordenó en cuanto recobró el color y el aliento.

Sin embargo, Gisuè encontró otra manera de consolarse: cuando se fueran todos, bajaría y le cortaría un buen muslo al caballo.

—Después —continuó el señor príncipe—, que otro sirviente asegure el cadáver del animal y lo lleve a la villa.

Gisuè ya no encontró nada con qué consolarse.

—Tú, ven aquí.

Gisuè se acercó, asustado, pues parecía que el príncipe lo miraba enfadado. ¿Quizá se había percatado de su intención de matarlo y de coger todo el oro que llevaba encima?

—¿Cómo te llamas?

—Gisuè Zosimo.

—¿Y cuál es el nombre?

—Gisuè.

—¿Qué haces?

—No hago nada, excelencia. ¿Qué estoy haciendo? Nada. Su excelencia me llamó y yo vine hacia aquí.

—No digo ahora, burro. ¿Trabajas?

—Sí, siempre que puedo. Mañana empezamos a trabajar en el latifundio Tumminello, hay que recolectar las olivas.

—Está bien, vete. Te mandaré llamar.

Gisuè se inclinó para coger el chaleco y se fue corriendo. Le había impresionado mucho el otro hombre, el largo y enjuto, que no había dicho palabra pero que lo había escudriñado centímetro a centímetro, como si considerase cuánto podía valer en el mercado un kilo de su carne. Los ricos eran capaces de cualquier cosa.

Al finalizar la jornada de trabajo, mientras el grupo dormía, Gisuè le contó a Filònia todo lo sucedido, y también le confesó que había sentido la tentación de matar al hombre que se había despeñado, el príncipe ricachón.

—Hiciste mal en no hacerlo —dijo Filònia, que era una mujer de ideas claras—. Tanto es así que el príncipe no te dio ni un tarín por haberle salvado la vida. Si le hubieras dado un golpe de hoz enseguida, a esta hora seríamos ricos. Se ve que el Señor quería que fuera así.

—Pero dijo que me mandaría llamar.

—¿Y tú crees en la palabra de un rico?

Pero Filònia se equivocaba. En la mañana del tercer día tras el encuentro, se presentó el guardia del latifundio Trasatta, don Aneto Purpigno.

—Gisuè, ven aquí.

Le explicó que el señor y príncipe quería verlo a la mañana siguiente. Le pagaría el trabajo perdido.

—¿Usted vendrá conmigo, don Anè? —preguntó Gisuè.

—No, vas a ir tú solo —dijo el guardia Purpigno mirando a Filònia, que le encendía la sangre—. Yo me quedaré aquí.

—Pero ¿quién me enseñará el camino hacia la villa del príncipe?

—Te lo enseñará mi animal —espetó el guardia bajando del caballo—. Cuando hayas regresado, vendré a recoger-

lo.

En el patio de la villa, que cultivándolo podría dar de comer a cinco familias, un criado se hizo cargo del caballo, que hacía ya tres horas que caminaba. En el portón apareció otro criado con un chaleco todo bordado que le llegaba hasta la mitad del muslo. Calzaba unas babuchas con tacones de un palmo y medio y estaba en equilibrio sobre ellas. Gisuè no se impresionó: era un sirviente, seguramente más importante que aquel que le había cogido el caballo, pero un sirviente al fin y al cabo.

—¿Usted es Gisuè? —preguntó torciendo la boca como si estuviera viendo algo asqueroso—. ¿Sí? Pase, el señor príncipe lo espera. Suba la escalinata y entre en el salón; enfrente hay una puerta, siempre recto hay una sala y después está el dormitorio del señor príncipe.

La escalinata, que parecía hecha para gigantes, era totalmente de mármol y muy fría. Gisuè llevaba los pies cubiertos de greda desde que había empezado a caminar. Aunque su piel era gruesa a causa de los callos, ya que nunca había usado zapatos, primero se le enfriaron los pies y luego se le helaron. Gisuè entró en el salón al mismo tiempo que soltaba un estornudo que atronó y le hizo lagrimear los ojos. Sintió que los mocos le chorreaban por las fosas nasales y entonces se limpió la nariz apretándola entre dos dedos y soplando con fuerza: los mocos cayeron en parte en el suelo y en parte en la mano, y Gisuè se la secó frotándola contra los pantalones. Pero se detuvo de golpe. A la izquierda, en un rincón, había una mujer que, completamente desnuda, sin un centímetro de ropa que le cubriera el cuerpo, ocultaba los pechos con un brazo y las partes íntimas con una mano. Esa mujer, tan seguro como la muerte, era la mujer del príncipe, que se acababa de levantar de la cama y paseaba desnuda creyendo que no había nadie más.

Gisuè le dio la espalda y salió del salón, aterrorizado por que lo apalearan, dado que había mirado a la princesa desnuda. Esperó un poco y después, cuando estimó que la princesa había tenido tiempo de volver a sus aposentos, asomó despacio la cabeza. Sin embargo, la mujer no se había movido, estaba en la misma posición. Gisuè la escudriñó: era blanca como la muerte, quizá el príncipe la había hecho embalsamar. Giró la cabeza y vio a otra mujer totalmente desnuda, y esta, la muy descarada, ni siquiera se cubría, se hallaba con los pechos y las partes al descubierto. Gisuè empezó a correr y al final llegó a la otra sala. No había nada, ni una silla. En la pared de enfrente vio cuatro puertas, todas cerradas.

Se armó de paciencia, se acercó a la primera puerta de la derecha, levantó el puño y golpeó con fuerza. Se hizo daño, pues no era madera sino un muro. Retrocedió dos pasos: la puerta estaba y al mismo tiempo no estaba. Estaba, en cuanto que se presentaba como puerta; no estaba en cuanto que no estaba. ¡Mierda! Era algo preparado para tomarle el pelo a la gente. Se acercó a la segunda y, con prudencia, golpeó con la mano izquierda. Lo mismo, también esta era un muro. Y lo mismo sucedía con la tercera y con la cuarta. ¿Por dónde se entraba?

«Ahora mismo bajo, hago subir al criado a patadas y lo obligo a que me diga cuál es la verdadera entrada», pensó Gisuè.

Se dio la vuelta y vio que el mayordomo estaba en la puerta del salón.

—Se equivoca —dijo, fresco como una rosa—. La puerta está allí.

Y señaló el muro de la izquierda. ¿Qué puerta? La pared estaba toda pintada de blanco. Ante semejante ambigüedad, Gisuè se enfadó y miró fijamente al sirviente, sin moverse. El criado intuyó las malas intenciones de su invitado y entonces se movió: llegó justo al centro de la pared y la golpeó. Gisuè oyó ruido de madera.

—Ha llegado Gisuè, excelencia.

—Hazlo entrar.

El mayordomo apoyó una mano en la pared y empujó. Se abrió una puerta blanca como el muro, diseñada para que nadie la viera cuando permaneciera cerrada.

—Entre —dijo inclinándose hasta el suelo.

Era una burla, un escarnio, pero Gisuè fingió que la inclinación le correspondía.

Nada más entrar, lo primero que vio fue una gran cama con el baldaquín abierto, una cama tan grande que podían reposar cómodamente tres maridos y tres mujeres.

—Beso sus manos, vuecencia —dijo Gisuè, inclinándose. Estaba haciendo todo lo que la tarde anterior le había enseñado el tío Casio Lippo, que en su juventud había sido un hombre de mundo.

—Te saludo, burro —dijo una voz a sus espaldas.

Gisuè se giró de golpe. Era un hechizo, sin duda. Ahora veía otra cama tan grande como la primera, y en medio de esta estaba acostado un príncipe exactamente igual al otro. ¿Querían que enloqueciera en aquella casa? El príncipe comprendió el susto de Gisuè.

—Vuélvete despacio —ordenó.

Gisuè se dio la vuelta y vio la misma cama con el mismo príncipe.

—Es un espejo, burro.

Gisuè nunca había oído esa palabra. Conocía, en cambio, la palabra *esperma*, que era el líquido denso donde estaba la semilla del hombre. ¿Era posible que el esperma se pudiera convertir en un gran espejo que decía cómo estaba hecho el hombre? Por fortuna, el príncipe le aclaró la duda.

—¿Te has visto alguna vez reflejado en el agua helada?

—Sí, una vez. Tenía diez años. En un pueblo llamado Cammarata. Hacía un frío que cortaba los huesos.

—Muy bien. Imagina que el espejo está hecho de agua helada.